

## II. Ciencia Política



# La política de inseguridad y las posibilidades de resistencia en la globalización

DIEGO FERNANDO SILVA PRADA\*

Artículo recibido: 13/05/2009

Artículo aprobado: 18/08/2009

## Resumen

*El artículo se propone desarrollar cuatro dimensiones conceptuales de la política de inseguridad como clave de interpretación de la globalización, en tanto que procesos de debilitamiento de las clases sociales, de profundización de la individualización, de control cultural hegemónico y de territorialización y temporalización local. Se pretende ampliar la concepción imperante que se tiene del concepto de inseguridad, entendido como alteración del orden público y presencia de la delincuencia, para inscribirlo en un espectro más amplio de significación social que tome en cuenta las estrategias de dominación sistémica referidas al mundo laboral, a la identidad personal y a las posibilidades de organización colectiva.*

**Palabras clave:** *inseguridad, sociedad del riesgo, globalización, clases sociales, glocalización, individualización, resistencia.*

---

\* Actualmente está cursando el tercer año del Doctorado en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Argentina). Magíster en Filosofía Política de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, (México D.F). Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas (Colombia). Ha trabajado como docente investigador en Filosofía y en Ciencias Sociales en varias universidades de Colombia. Correo electrónico: silvaprada@yahoo.es

## The politics of insecurity and the possibility of resistance in the globalization

### Abstract

*This article seeks to develop four conceptual dimensions about the Insecurity Policy as for key comprehension of Globalization. It's means the weakening process in the social classes, the individualization deepening, the hegemonic cultural control and the local territorialization/temporalization. It pretend extend the imperative idea that understand the Insecurity as disturbance public order and presence of Criminality in order to inscribed in a wide social range, that to bear in mind the systematic domination strategies refers to the labor world, to the personal identity and to the collective possibilities of organization.*

**Key words:** *insecurity, risk society, globalization, social classes, glocalization, resistance.*

## 1. Introducción

Los riesgos en los que se cree son el látigo  
empleado para mantener el momento presente  
corriendo al galope.  
(Ulrich Beck)

Si hubiera que caracterizar el actual momento de desarrollo de las sociedades occidentales utilizando un concepto lo suficientemente sintetizador y descriptivo, tal vez sea conveniente recurrir al concepto de *inseguridad*. Los últimos acontecimientos que reportan las noticias sobre la inestabilidad financiera de todas las bolsas del mundo, el pánico colectivo de una crisis generalizada de la economía y la alerta mundial por una pandemia que traspasa cualquier frontera parecen corroborar el estado de incertidumbre e inseguridad estructural al cual estamos asistiendo en la actualidad. Las contradicciones del muchas veces defendido sistema liberal de mercado empiezan a estallar en el centro mismo de las sociedades más avanzadas, lo cual lo podemos ver en hechos como la llamada a la mediación del Estado no interventor, en la defensa de la estabilidad de las ofertas, las demandas y el capital financiero, o en la invocación de la confianza inversora y el mantenimiento de la productividad, en sociedades pauperizadas, fragmentadas y anómicas. Pero el arribo al tiempo de la inseguridad, y esta es la tesis que quiero desarrollar, no es el resultado inesperado de unas sociedades que le apostaron todo a la explotación descontrolada y a la depredación mundial de recursos naturales y humanos, o las simples consecuencias colaterales de la dinámica económica; por el contrario, el fenómeno de la inseguridad es resultado de la compleja trama de las estructuras socio-políticas y económicas configuradas a partir de las intervenciones de actores sociales que le han apostado al riesgo y a la contingencia como estrategias de control social, y donde la gran mayoría está asumiendo los costos y las pérdidas que implican este tipo de reproducción y de acumulación del capital.

Como ha sido remarcado tantas veces, este proceso de globalización al cual estamos asistiendo no puede ser reducido a su dimensión económica, aunque la economía represente uno de los escenarios

donde transcurren las más significativas transformaciones contemporáneas. Los factores políticos siguen siendo tan importantes en la configuración social del presente como los factores económicos, con la condición de que primero rompamos con la tradición clásica del pensamiento que ha igualado la política al Estado moderno, y segundo entendamos a lo político en términos más amplios, como una dimensión de la acción que puede estar presente tanto en lo institucional como en lo no institucional. Lo político es, entonces, la capacidad que poseen las personas para llegar a involucrarse en los asuntos colectivos y de interés común, los cuales, a su vez, pueden llegar a influir en la construcción de las condiciones y los modos de vida que ellas mismas asumen. De esta manera, tomamos la perspectiva desde la cual el ejercicio de la política se configura a partir tanto de las estrategias de control como de las estrategias de resistencia que los individuos y los colectivos realizan para determinar cómo y qué quieren vivir. Esto quiere decir que el ejercicio de la política hoy implica una estrecha imbricación con la dimensión cultural, pues si es verdad que la política está determinada por el mando y la obediencia, es en el ámbito de la cultura, de la construcción de hábitos y costumbres, donde se puede lograr una más efectiva obediencia y control de las poblaciones.<sup>1</sup> Necesitamos desarrollar y comprender, por lo tanto, un modelo de análisis de lo político, lo cultural y lo económico que tome en cuenta la inseguridad y la promoción constante de los desequilibrios, como elementos constructores de la cotidianidad y de las estructuras sociales que sostienen los últimos acontecimientos a los que debemos responder.

Estamos presenciando una *política de inseguridad* fundada a partir de cuatro dimensiones conceptuales: 1) Las clases sociales de base o actores subalternos parecen estar erosionados y diezmados en su capacidad organizativa e identitaria, dando como resultado la instalación de la falta de reconocimiento colectivo y la consiguiente desactivación

<sup>1</sup> Como se puede apreciar, la perspectiva que se quiere desarrollar toma en cuenta los aportes de la concepción de Michel Foucault acerca del concepto de lo biopolítico en cuanto al control de la población mediante estrategias de interiorización de la coacción y administración de la vida cotidiana. Véase, por ejemplo, Foucault, (2002a) ó (2002b). Igualmente, se puede encontrar desplegado el argumento sobre la biopolítica en el clásico *Vigilar y castigar* (1998).

de las posibilidades de transformación social y de redistribución del poder, mientras que las clases más beneficiadas por la dinámica de los capitales transnacionales conservan una conciencia clara de dominación de esos “otros” peligrosos a los que hay que controlar. 2) Uno de los efectos sistémicos de ese debilitamiento de clase ha sido la profundización del proceso de individualización, el cual se expande como alternativa de reproducción social, profesional y biográfica, ante el vacío dejado por la identificación colectiva que proveían las antiguas clases sociales. 3) El control político está dejando de ser ejercido prioritariamente desde el centro único del Estado-nación, pasando a ser ejercido a través de relaciones de poder descentradas y enfocadas en la producción de la cotidianidad y de formas de vida. 4) Las estrategias de la política de la inseguridad se aplican sobre ámbitos específicos y puntuales, sobre territorialidades y materialidades locales. Lo local debe ser entendido, por tanto, como un espacio-tiempo que contiene en sí los imperativos de control global, por lo que habrá que mostrar la dinámica de globalización en términos de glocalización. Las organizaciones de base y los movimientos sociales representan un tipo de respuesta local por parte comunidades específicas, ante toda esta estructuración de los imperativos globales de orden y reproducción, los cuales están por mostrar sus resultados y demostrar su efectividad y posibilidades de transformación de las estructuras de injusticia, exclusión y falta de sentido de una política de inseguridad social que se ha levantado como bastión de lucha y control, en lo que Ulrich Beck llamó acertadamente la sociedad del riesgo global.

## **2. El debilitamiento de las clases sociales (bajas y medias)**

A pesar de la variabilidad en el significado que le podamos asignar al concepto de clase social, éste puede concretarse en la idea del reconocimiento colectivo mutuo de las condiciones socioeconómicas y políticas, las cuales crean una conciencia, unos intereses compartidos y unos recursos alrededor del mundo laboral y del lugar ocupado en la sociedad. Como bien lo recuerda Hobsbawm, la configuración de las sociedades a partir de las clases fue un rasgo distintivo de los estados nacionales en conjunción con las economías capitalistas en un período que va desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del XX.

*Desafíos, Bogotá (Colombia), (21): 45-74, semestre II de 2009*

Tanto en su función de delimitación interna como de diferenciación externa, la categoría analítica de clase social fue determinante para dar una identidad a los grupos de trabajadores obreros que permitieron la industrialización de la producción capitalista, así como la rápida urbanización de los centros productivos. Esta identificación se fundamentó desde un doble movimiento diferenciador: hacia arriba, para delimitar la no pertenencia con la clase burguesa-empresarial, y hacia abajo, para deslindarse de “las peligrosas y harapientas masas” de pobres y miserables.<sup>2</sup> En términos utilizados por Beck, lo que se define en el concepto de clases sociales es la “asignación recíproca de identidad” que ayuda a delimitar hacia adentro y hacia afuera ese nosotros y ese ellos por medio del cual la sociedad capitalista se comprende y se auto-organiza (Beck, 1998a, pp. 114-115). Esta circunscripción a identidades colectivas claras y precisas estará mediada por la posesión, en algunos casos, de los medios de producción, y en otros casos, por los recursos estratégicos para la reproducción social.

La estructuración social en las comunidades nacionales altamente interconectadas y en proceso de destradicionalización de sus instituciones pone en duda que hoy en día nuestras sociedades puedan comprenderse bajo este modelo de estratificación clasista. Comprobamos que en el curso de los últimos 30 años en el mundo occidental ha sucedido un serio debilitamiento de las fuerzas sindicales, las cuales habían sido las encargadas de la defensa de los intereses de la clase obrera, una gradual pérdida de funciones estatales respecto a las regulaciones laborales y una veloz transformación tecnológica en las condiciones y en las fuerzas productivas. Además de esto, es indudable que el mundo laboral ha estado sometido a vectores heterogeneizadores que han hecho del trabajo una instancia en acelerada transformación, a partir de la flexibilización en las contrataciones, la multiplicación de los niveles de la capacitación técnica y profesional, los flujos migratorios en todas las direcciones y la implementación de los medios comunicativos electrónicos. Así mismo, “el incremento constante del desempleo y de la precarización laboral se constituyen en factores fundamentales de la heterogeneización del trabajo en todos sus aspectos. A medida que

---

<sup>2</sup> Para el desarrollo extenso de esta idea véase Hobsbawm (2007, p. 234).

esto se iba produciendo, se fue dificultando la identificación de los trabajadores entre sí como iguales y en un espacio laboral común.” (Battistini y Bialakowsky, 2003) Todo esto ha conducido a poner en tela de juicio ese “nosotros” anteriormente delimitado de manera casi territorial en las fábricas y empresas, fundador de seguridades y resguardo para las luchas colectivas. La heterogeneización laboral es de esta manera una pluralización de los colectivos y una fragmentación de la unidad de conciencia de la colectividad productiva. El proceso de debilitamiento de las instancias de autoridad clásicas, como la escuela y la familia, alcanza a tocar aquí a la organización de los grupos subalternos y su reconocimiento colectivo, puesto que ya no hay un lugar fijo y continuo de trabajo, ni un contrato laboral que provea seguridad, estabilidad y continuidad en el tiempo.

Junto a lo anterior, históricamente se ha podido demostrar que la dinámica del capital desregularizado y dejado a su libre desarrollo, desde la aplicación de las políticas neoliberales a partir de comienzos de los 90, ha implicado una multiplicación de la pobreza a nivel mundial, la cual se ve reflejada en la existencia en aumento de aproximadamente 1.200 millones de pobres, una mayor brecha entre los que más tienen y los que casi nada tienen, esto es, un aumento de la desigualdad por lo menos en los países periféricos y semiperiféricos.<sup>3</sup> Recordemos que en América Latina, “el decil más rico recibe el 48% del ingreso y el decil más pobre el 1,6%”; en contraste, la diferencia respecto a ingresos y consumo en los países más desarrollados es mucho más corta; allí la brecha está entre el 29 y el 2,5%.<sup>4</sup> Como es reconocido por la mayoría, los índices de desigualdad de esta región son los más altos en el mundo y han ido en aumento desde las últimas tres décadas. También podemos comprobar que “en términos de número de personas los pobres han crecido de 200 millones en 1990, a 205 en el año 2006 (Cepal, 2007)” (Rojas Aravena, 2008, p. 13).

<sup>3</sup> En los países centrales como Alemania, la distancia entre “los de arriba y los de abajo” en los años 90, dice Beck, parece haber permanecido constante, no obstante el cambio favorable en las condiciones generales de vida de la población a raíz de una mayor movilidad, una elevación del estándar material y un aumento en los ingresos.

<sup>4</sup> Cifras tomadas del texto de Lustig (2007, p. 231).

Todos estos elementos en juego han producido la mutación en las condiciones para el reconocimiento colectivo de los menos favorecidos y la emergencia de una “capa” transitoria e inmensa de desempleados, trabajadores informales y miserables sin un lugar público de presentación. Los cambios al interior del mundo laboral han llevado estratégicamente a un retroceso vertiginoso en los derechos adquiridos de los trabajadores, por medio de las técnicas de la flexibilización laboral, la privatización de las empresas públicas y la política de liberalización de la entrada y salida de capitales y del comercio internacional.<sup>5</sup> No cabe duda de que los resultados socio-políticos de la estrategia neoliberal de apertura económica y de criminalización de las protestas sociales, bajo los imperativos de una política antiterrorista, han tenido un alto grado de eficacia respecto al debilitamiento de los colectivos y a su capacidad de respuesta frente a la precarización del mundo laboral. Es en este sentido que algunos teóricos de la globalización han negado la persistencia de las clases sociales, entendidas a partir de la teoría marxista de las luchas contrapuestas de las clases y el supuesto papel histórico de revolución y de liberación de la clase obrera.

No obstante, y esto es bastante significativo, lo que ha sucedido en la parte alta de la pirámide social no es conceptualizado muchas veces como un fenómeno de clase. La posesión y administración de los medios de producción, incluyendo el dominio de los recursos financieros e informáticos, la conciencia nítida de los intereses de la mayor rentabilidad del capital y unos lugares sociales globales de encuentro y reconocimiento colectivo de las élites empresariales, cada vez más desnacionalizadas, junto con una lógica estrechamente utilitarista, en términos de Sassen (2007) nos llevan a afirmar que el concepto de clase social sigue vigente en un nivel de desarrollo histórico que ha trascendido los parámetros de la teleología histórica marxista. Todo indica que estamos asistiendo al triunfo de la lógica de acumulación de capital, sin que se hayan desarrollado, ni hayan estallado, las contradicciones al interior del sistema, y sin que se haya dado un salto cualitativo

---

<sup>5</sup> La radiografía social estaría dada por lo que nos dice Beck: “la escisión de nuestra sociedad en una mayoría decreciente de propietarios de puestos de trabajo y una minoría creciente de desempleados, jubilados anticipados, trabajadores ocasionales y los que no consiguen entrar en el mercado de trabajo está en pleno curso.” (1998a, p. 118).

en las fuerzas productivas. Como veíamos anteriormente, el aumento continuado de los índices de desigualdad significa, igualmente, una reducción en el número de quienes habitan ese decil más afortunado de la pirámide social y de quienes tienen el control de la producción mundial de mercancías. Podemos afirmar que la relación entre la base y la cúspide de la estructura piramidal es inversamente proporcional: mientras la base se amplía numéricamente y se debilita su cohesión identitaria en términos de clase, la cúspide se achica y se fortalece en sus imperativos e intereses racionales utilitarios. Muestra de esto es la presencia de: “una estructura financiera fuertemente centralizada que se ha convertido en una esfera independiente de la esfera productiva” y “la cada vez más acelerada tendencia de los oligopolios a globalizar sus actividades” (Kuri G). Tal como lo señaló Wright Mills ya desde los años 50, la dinámica del capitalismo norteamericano demostraba que “la cima del sistema de poder está mucho más unificada y es mucho más poderosa, el fondo está mucho más fragmentado” (1969).

En un segundo nivel de estratificación social, las nuevas clases transnacionales de profesionales y de funcionarios públicos, las cuales necesitan de la materialidad de las ciudades globales, hacen de correa de transmisión para la movilización y especulación acelerada de los capitales. En palabras de Weber, el nuevo “funcionariado”, encarnado en profesionales, gerentes y ejecutivos, hace parte de la actual dinámica en cuanto posibilita el manejo mundial de los grandes capitales de propietarios y corporaciones transnacionales; son una micro-clase social definida por el manejo de los medios de producción, mas no por su posesión, por su accionar organizacional reticular multicentrado y a partir de una infraestructura material que permite una hipermovilidad que atraviesa cualquier frontera nacional.

Pero esta nueva teoría de las clases globales consiste también en la producción de esa *multitud sin perfil*, amorfa, de la que nos habla Dahrendorf (2005) o de la masa de los *inempleables* de la que nos informa Castel (2004, p. 64), pero que en todo caso tiene que ser entendida en estrecha relación con aquellos que están en la cima social. Contra cara del cada vez más reducido grupo de los ganadores y exitosos empresarios de los oligopolios transnacionales, representa

al 10% de la población mundial que ni siquiera llega a reconocerse como colectivo ni es capaz de lograr una organización. La exclusión social se concreta como una experiencia de absoluta negación de la participación en la vida colectiva y en la toma de decisiones, así como en la determinación de las condiciones de sus propias vidas. Se trata de una multitud silenciada e invisibilizada que ya no representa ningún peligro político o económico para el sistema o para los grupos que gozan de los beneficios. Simplemente no existe o existe en la pura oscuridad de las ciudades globalizadas y en la periferia de la periferia, en la apatía y el conformismo. Y en la mitad de estas dos desproporcionadas franjas o capas estructurales de las sociedades contemporáneas una “clase” media cada vez más frágil, reducida y temerosa, adaptada a las demandas laborales del mercado y seguidora fiel de los vaivenes de los dictámenes del consumo.

Desde esta primera dimensión, la *política de inseguridad* se despliega mediante la aplicación sistémica de estrategias de desestabilización sobre el mundo laboral, las cuales inciden de manera directa sobre la conformación colectiva de las identidades, en lo que podríamos denominar como procesos de desidentificación, así como sobre las posibilidades de organización de esta nueva capa social heterogénea y sobre los lazos de solidaridad; en síntesis, un fuerte debilitamiento de la conciencia política en la franja baja y media de la escala social y una profundización de los procesos de concentración de la riqueza y del control hegemónico de la población. Sin refugios identitarios colectivos definidos, parece quedar la individualidad como la forma prioritaria de configuración social del entramado en las sociedades globalizadas.

### 3. Procesos de individualización y subjetivación

El término individualización no debe ser entendido con un significado peyorativo o de señalamiento negativo, que podría traducirse como egoísmo o como culto personalista. Así mismo, sería inconveniente ubicarlo teóricamente, desde la idea racionalista un tanto ingenua de la liberación de las ataduras comunitarias y tradicionales a partir del ejercicio práctico de la autonomía y de las capacidades racionales propias, llegando incluso a declararse la no necesidad de

los vínculos sociales. Ya desde Norbert Elías nos fue posible entender que la individualización ha hecho parte del macro-proceso histórico de la civilización occidental en el cual el equilibrio entre los términos complementarios del “yo” y del “nosotros” fue variando del segundo hacia un mayor énfasis en el primero, en el marco de las sociedades europeas desde el siglo XVII.<sup>6</sup> El reconocimiento en esa instancia del “nosotros” concreto y comunitario se hizo cada vez más difícil con la entrada de los imperativos del Estado moderno burocrático y una comunidad de carácter nacional simbólica, y por lo tanto más abstracta y lejana. Junto a lo anterior, la complejidad de la red de interdependencias entre los individuos ha ido en aumento, efectuándose una preeminencia en el sujeto individual por sobre cualquier otra instancia colectiva, puesto que éste se auto-reconoce como referente identitario y estructurador de la realidad social, desde el cual serán juzgadas las experiencias ajenas. Los procesos de globalización del siglo XX no son, en este sentido, inauguradores de los imperativos de la individualización, sino más bien profundizadores o aceleradores de esta tendencia histórica moderna.

En este punto, Beck nos sirve para comprender que la individualización “significa el surgimiento de una dinámica institucional que tiene como destinatario al individuo y no al grupo” (2002b, p. 67). El individuo, antes de ser leído como un logro de las fuerzas liberadoras de la modernidad, representa tanto el objeto de racionalización institucional, como el resultado de los procesos histórico-políticos de disciplinarización y control. En palabras más directas, el individuo ha llegado a convertirse en el objeto de atención social, pues es allí a donde las dinámicas institucionales apuntan. Vemos en nuestro medio, por ejemplo, cómo la escuela prepara para la diferenciación funcional y para la confección de biografías singulares y exitosas; cómo las empresas aplican en mayor medida el criterio del salario por mérito y exaltan una competencia sin límites; la tradicional familia se destradicionaliza y da paso a modelos familiares fragmentarios y uniparentales. La individualización, a la vez que es un proceso histórico de largo aliento, se concreta como una estrategia de mediano

<sup>6</sup> Véase Elías (1987, pp. 10-25, 1990).

alcance, “altamente funcional para las instituciones” (Beck, 2002b, p. 70), pues los problemas organizativos van a ser descargados sobre el individuo, el cual tendrá la labor de resolverlos sin tener que enfrentar los inconvenientes y los costos políticos que generaban para las instituciones las redes de solidaridad y resistencia comunitarias. La individualización adquiere una dimensión política cuando se le traduce como estrategia de descolectivización de las identidades y de los conflictos sociales. La descolectivización puede ser entendida, por lo tanto, como el proceso por el cual las personas se convierten en sujetos individuales que deben enfrentar la problemática laboral, política y cultural sin tener que recurrir a grupos o a las lógicas de sus comunidades de origen.

Desde la óptica del sujeto, la relación que se entabla consigo mismo es la que genera el imperativo mercantilista de “ser empresarios de nosotros mismos”, o en palabras de Bauman, ser “los promotores del producto y el producto que promueven”; ser “al mismo tiempo encargado de *marketing* y mercadería, vendedor ambulante y artículo en venta” (2007, p. 17). El sujeto parece haberse convertido en objeto por cuanto ha podido entrar en la lógica de la manipulación y la producción de las mercancías, y dentro de esta lógica, la fantasmagórica creencia de la autonomía casi total por sobre todo nexo social. Sin embargo, esta conciencia ilusoria de creer estar desprovisto de todo condicionamiento social no es más que una tergiversación de la concepción individualista liberal del sujeto llevada al extremo, en el que se ha olvidado la complejidad de la conflictividad social y las tramas de relaciones de interdependencias que sustentan la presencia individual y validan los esfuerzos personales en las redes de reconocimiento colectivo.

No obstante, una de las más angustiosas cuestiones que debe resolver este tipo de sujeto hiperreflexivo es la de dar sentido al recorrido que debe realizar en su carrera “única” por dar forma a ese sí mismo. La relación entre los fines y los medios queda entonces trastocada: en las sociedades del *Ancien Régime* los fines estaban claramente demarcados por la posición social, por el destino divino, y en últimas por el orden orgánico que regía el cosmos; los medios eran la instancia

problemática que debía proveer el arribo a esos fines no cuestionados. En las actuales sociedades, donde el desarrollo tecnológico ha venido ampliando constantemente los límites de lo posible, los fines han dejado de estar anclados a las égidas de las instituciones tradicionales y ha sobrevenido un proceso de secularización casi completa de la vida social. Por lo tanto, el mundo empieza a revelarse como una plétora de posibilidades casi infinitas. El problema que tiene que enfrentar la subjetividad contemporánea se centra en poder realizar la necesaria y vital reducción o simplificación de posibilidades generadoras de incertidumbre y angustia, con el objetivo de construir unos criterios y unos principios de acción lo suficientemente sólidos como para que el sujeto constituido sea lo mínimamente coherente en sus partes y en sus fines. Tiene bastante de razón Bauman cuando afirma que “el mundo está lleno de posibilidades como una mesa de buffet de platos apetitosos, cuya cantidad excede la capacidad de degustación del más eximio glotón. Los invitados son consumidores, y el desafío más exigente e irritante que deben enfrentar es la necesidad de establecer prioridades, la de desechar algunas opciones y dejarlas inexploradas. La desdicha de los consumidores deriva del exceso, no de la escasez de opciones” (2002, p. 69). Sobreviene de esta forma la desorientación y la angustia del no saber elegir las opciones correctas. El sujeto se encuentra sólo ante la ansiedad que le produce su incapacidad de tener que decidir qué consumir a cada instante, entre lo que le dará satisfacciones o lo que le podrá causar daño. Con todos los medios a su disposición, en el mejor e ideal de los casos, la tarea más difícil se encontrará en la justa selección de esos fines que ahora aparecen elusivos y sin un marco social claro al cual referirlos.

Lo que está más cercano a las experiencias históricas y concretas vividas en América Latina son los sentimientos de frustración e incapacidad potencializados por el entrecruzamiento de los imperativos de la individualización y del éxito personal con unas condiciones sociales precarias, donde más de 200 millones de personas no alcanzan los niveles mínimos de vida digna. En contextos sociales bombardeados por información mediática-propagandística, en la que los principales valores son el consumo y la satisfacción egocéntrica, la imposibilidad de la obtención de lo deseado conduce, de manera obvia, a

la producción de subjetividades basadas en el resentimiento, el rencor o la autocondena. Las formas o los estilos de vida deseados a través de las pantallas se estrellan constantemente con la incapacidad que los medios sociales y laborales le posibilitan a una multitud deseosa de reconocimiento y éxito. Y el resultado de la colisión entre lo promocionado y lo no obtenido es la emergencia de los sentimientos de frustración e impotencia, de resentimiento, y más tarde de venganza, generadora de todo tipo de violencia.<sup>7</sup>

Uno de los efectos más interesantes de analizar en esta dinámica de individualización y subjetivación es la inversión de las causas que generan los estados patológicos de falta de sentido personal. Las causas económicas, estructurales y políticas externas son invisibilizadas y reemplazadas por causas personales y domésticas como una forma de justificación de los malos resultados obtenidos. Por ejemplo, la imposibilidad de la obtención de empleos de calidad, esto es, medianamente bien remunerados y estables, se empieza a entender a partir del fracaso y de las incapacidades de las personas mismas, en vez de comprenderlas como parte de una política de desempleo generalizado, surgida de los procesos de competencia absoluta de los capitales globales por la obtención de mercados cada vez más esquivos. Así, la figura del desempleado deviene central en la configuración de las formas de subjetivación contemporáneas: un individuo que ha perdido su lugar social y su reconocimiento laboral e itinerante superfluo, que no encuentra ya un sentido colectivo en sus actos personales. Tenemos entonces “una multitud heterogénea de casos individuales que están sentados juntos fugazmente”, a la espera de una oportunidad que casi nunca llega o que llega pero se esfuma rápidamente. Desde una mirada casi kafkiana, nos recuerda Beck: “sólo por la noche, cuando el tren está parado, quienes no han encontrado la salida de la jungla de las puertas que se cierran rápidamente (...) comienzan a acercarse unos a los otros y a hablarse con unas manos extendidas prudentemente

<sup>7</sup> Robert Castel recurre al concepto de “poujadismo” como forma de señalar a los sacrificados de una dinámica de desarrollo económico, los cuales no tienen ningún lugar dentro de los espacios sociales. Este poujadismo sería el causante de los sentimientos de resentimiento, mezcla de envidia y desprecio que se manifiestan como frustración colectiva (véase Castel, 2004, pp. 64-65).

a través de los barrotes de la propia asignación de culpa” (2002b, p. 120). De igual manera, el resultado es una profundización de la apatía respecto a los asuntos sociales, pues prácticamente ningún esfuerzo personal se revertirá en el mejoramiento de las condiciones de vida propias. La falta de sentido de las experiencias colectivas y políticas, y un rechazo profundo de la idea de que el mundo puede estar constituido por una pluralidad de formas de ser, cerrarán lentamente el horizonte de realización de los sujetos.

Si lo anterior es verdad, la formación de la subjetividad estará referida en la mayoría de los casos a una indefectible experiencia de frustración y falta de sentido de los asuntos públicos, lo cual genera la despolitización del sujeto, o lo que es lo mismo, el empobrecimiento de la dimensión política de la acción. Se concreta así la segunda dimensión de la *política de inseguridad* aplicada sobre la sociedad en su conjunto: el ablandamiento del sujeto rebelde a partir de la producción endógena de formas y estilos de vida sumisos y reproductores acríticos del orden social y del *statu quo*. En este punto, las estrategias sistémicas encaminadas a la despolitización de las masas estarán basadas en una antropología de la incertidumbre y de la frustración social, la cual se deriva a su vez de una política enfocada hacia el debilitamiento de las colectividades organizadas. Reproducción, por lo tanto, de inestabilidad psicológica y de sentimientos de inseguridad vital.

#### **4. Relaciones de poder y control cultural**

En las últimas décadas, los procesos de transformación en las funciones de los Estados-nación no parecen haber significado, por lo menos en el caso de los países periféricos, una mayor libertad y tolerancia por parte de los regímenes administradores de hegemonía y control político, así los regímenes constitucionales nos hablen de una democracia participativa y de unos mecanismos de participación más amplios. Parecería más conveniente interpretar lo que ha sucedido en los últimos 30 años como un cambio en el registro y en los ámbitos donde se realizan los ejercicios de poder político. El cambio histórico del proceso macro-social ha estado referido a la adopción de formas más “suaves” de poder, en las que la coacción deja de ser el elemento estructurante de la obediencia y entra a regir factores

culturales y mediáticos comunicativos, aunque los medios represivos directos sigan estando a la orden del día. Ya desde Gramsci quedaba claro que los mecanismos de control de las sociedades burguesas pasaban inobjetablemente por una doble instancia de unificación de la obediencia: la fuerza y la creación de consensos, como medios para lograr la hegemonía y el direccionamiento moral, ideológico y cultural de la población. Desde esta perspectiva, el consenso no sería el mero resultado del ejercicio de la racionalidad y el cálculo que beneficiaría en alguna medida a dos o más partes en conflicto, sino la instancia de estructuración de las condiciones y los límites de posibilidad de la acción social de los individuos y los colectivos. En términos gramscianos, la hegemonía se desarrolla mediante la construcción de un “bloque histórico”, como realización de “una unidad de fuerzas sociales y políticas diferentes, que se tiende a mantener unido a través de la concepción del mundo que ella ha trazado y difundido” (Gruppi, 1978). Como lo vimos en el apartado anterior, hay un incremento en la posibilidad de la obediencia en la población por controlar, si se es capaz de producir esa concepción de un mundo, en este caso inestable e inseguro, encaminando las posibilidades de acción y de organización de esa nueva masa amorfa de desempleados y “rezagados” que no han entrado a formar parte del sistema productivo. Podríamos afirmar que el bloque histórico actual se fundamenta en la producción sistemática de sociedades donde el riesgo, los desequilibrios y las incertidumbres configuran de manera aleatoria las tramas de acción de los individuos y de los tipos de relaciones sociales (Beck, 2004).

Estamos, entonces, en el centro del campo cultural, puesto que es a través de la creación de formas y estilos de vida que el poder político puede lograr mayor efectividad, con menores costos, sin tener constantemente que recurrir a la violencia abierta y, por consiguiente, sin correr los riesgos de la deslegitimación del sistema político. La figura del Estado, en cuanto centro regulador y conductor de la conflictividad social, pasa a ser un nódulo más dentro del entramado en red de fuerzas configuradoras de las estructuras de dominación contemporánea. La supuesta suavidad humanizadora del actual sistema occidental de derechos parece desvanecerse cuando comprendemos que el control se está ejerciendo desde el “interior” de

la subjetividad producida en el entrecruzamiento de los ámbitos o dimensiones mediáticas, laborales y familiares, esto es, en la cotidianidad de las personas. Esto no quiere decir que haya un solo circuito de dominación al cual todos estemos abocados irremediablemente, en el sentido orwelliano del término, o que las personas sean simples cosas moldeables sin voluntad política, sino que debemos centrar nuestra atención en estos subregistros culturales para poder comprender los actuales lugares en los que parece escenificarse la dimensión política, para no quedarnos anclados en la mera exterioridad de las instituciones o en un centro único que ha sido desplazado por la pluralización de niveles decisorios. Frente al detrimento de los espacios públicos y de encuentro e identificación colectiva, la política parece haberse instalado en la administración de lo privado, sabiendo que la línea que separa lo público de lo privado se ha hecho cada vez más borrosa.

Las experiencias de inmovilidad e imposibilidad de ascenso social, así como la marginalización socioeconómica de inmensos sectores de la sociedad que ven cómo se van cerrando sus posibilidades de desarrollo en ese cuarto mundo de la “esperanza perdida”, llegarán a crear respuestas aún más violentas y menos ceñidas al orden legal. Los fenómenos del tráfico de estupefacientes, las mafias de todos los tipos, el terrorismo, el tráfico de armas y de personas y la delincuencia común son los medios por medio de los cuales se expresa esta nueva conflictividad social. Pero como lo recuerda Castel, la acumulación de factores causantes de la marginalidad tales como las altas tasas de desempleo, la precariedad de los pocos trabajos conseguidos, un hábitat degradado y un urbanismo desalmado (2004, p. 70), se aglutinan en zonas específicas de las grandes ciudades globales para ser conjugadas peligrosamente y producir mano de obra necesaria para poner en marcha la inmensa maquinaria mafiosa y delictiva tolerada silenciosamente por el sistema legal capitalista. La cultura mafiosa y delictiva, cada vez más asumida y aceptada como algo natural, hace parte de la fase individualista de la *política de inseguridad*. Por ejemplo, el mafioso ha dejado de ser estigmatizado como alguien oscuro y malévolo y ha comenzado a asociarse a la imagen del empresario exitoso, con la suficiente inteligencia para burlar todas las normas sociales, acompañado de toda la iconografía sensualista promovida

en la mayoría de los medios masivos de comunicación. Las prácticas terroristas han sido asumidas como medios de transformación radical de esa forma de sociedad que se quiere eliminar. Ante la imposibilidad efectiva de transformación del modelo económico y cultural que parece volverse único a nivel mundial, la salida absoluta sería la destrucción desde las bases materiales mismas de esa otra civilización. No obstante, como lo ha mostrado prolijamente Michael Moore en sus documentales, el terrorismo es un elemento fascinante para las clases dominantes puesto que les da carta libre para, en nombre de la seguridad del colectivo, permitirse toda clase de concentraciones y extensiones de su poder, difundiendo a la vez la política de la inseguridad y el miedo. La ecuación se definiría por la siguiente relación: a mayor sentimiento de inseguridad y miedo, mayor control político.

Queda claro que la política está jugándose hoy a través de los registros descentrados de las redes estructurantes de la individualidad y de las subjetividades. En un sistema de acumulación acelerado e hipercompetitivo, en el que se demuestra el hecho de la negación constante de lo que se promociona, las contradicciones internas están encargadas de la reproducción de, en términos de Wallerstein, un caos-mundo basado en la incertidumbre, la desigualdad y un ambiente constante de crisis. Estamos presenciando la aplicación de estrategias de reproducción individualista fundamentadas en la apolitización o despolitización de los colectivos de base y de las clases medias, con el fin de sacar réditos políticos del desorden y de la apatía generalizada.

La tarea definida por Castel respecto a los orígenes del sentimiento de inseguridad debe pasar lógicamente por el estudio de la situación de desempleo estructural y continuado, el cual estamos experimentando en carne propia, por la continuación y el aumento de la desigualdad entre los grupos que más tienen y los que menos tienen, por el análisis de la renovada ola de racismo y de xenofobia imperante en la nueva Europa y en Estados Unidos, y, desde luego, por las estructuras de discriminación vigentes en todo el mundo; pero también por la posibilidad de transformación en profundidad del modelo de distribución de las oportunidades, de los beneficios y de la riqueza.

Como muy acertadamente se plantea (Castel, 2004, pp. 70-72), si queremos indagar en las causas que producen la inseguridad civil, cuestión referida a la delincuencia principalmente, necesitaremos dirigir la mirada a la cuestión de la inseguridad social, constituida por la carencia de medios para un desarrollo humano justo, lo cual nos permitiría ver cómo se alimentan recíprocamente y entender que las soluciones a las contradicciones del sistema siguen estando, como lo define Dahrendorf (2005, p. 106), en la determinación de unos niveles mínimos donde se defiendan el derecho a un ingreso básico, el cumplimiento del Estado de Derecho y el respeto a las libertades civiles. Podemos así apreciar que el fenómeno de la inseguridad va mucho más allá de lo que algunos dirigentes le han hecho creer a sus gobernados, esto es, que consiste simplemente en el desorden o alteración del orden público y que puede ser solventado con medidas coactivas y de represión militar. Como hemos desarrollado desde el primer apartado de este texto, la inseguridad abarca desde las condiciones laborales y las posibilidades de organización colectiva hasta la formación de las identidades y la constitución de las relaciones de poder. Si quisiéramos adentrarnos en un nivel normativo o prescriptivo, frente a la inseguridad, la inestabilidad y la fugacidad, sería necesaria una política creadora de perdurabilidad, estabilidad y que combatiera el proceso de individualización atomista y potenciador de heteronomía.

## **5. Localidad y territorialización: la glocalización**

La puesta en marcha de los procesos globalizadores de los últimos años ha estado definida, como se puede deducir de todo lo expuesto hasta el momento, por la aplicación puntual y específica de estrategias tendientes a la administración efectiva de las formas de vida de la población. Esto implica que para llevar a cabo las formas de dominación y hegemonía cultural contemporáneas se necesita inevitablemente de la administración del espacio y del tiempo.

Tiene razón Roland Robertson cuando califica de inconveniente y desorientador el pensar el fenómeno de la globalización como una representación macro-social o de gran escala y además entenderlo a partir

de la contraposición con lo micro-social (2000, pp. 213-214). De esta manera, el concepto de *glocalización* parecería ser un justo reemplazo del de globalización, puesto que se evitarían los inconvenientes de asimilarlo a una manifestación supra-ordinal, referida a una órbita ajena a las acciones cotidianas de la población. En palabras de Robertson: “lo global no tiene propiedades sistémicas por encima de los atributos de las unidades específicas” (2000, p. 226). Mixtura conceptual de lo local y de lo global, la *glocalización* tiene un origen en el ámbito comercial japonés que designa el proceso por el cual la promoción de mercancías necesitan de una adaptación diferencial para poder entrar en mercados particulares y exclusivos. Lo interesante de esta idea es que puede ser extrapolada al proceso cultural general para designar no sólo la dinámica del *micro-marketing* japonés, sino las formas en que las políticas y las medidas económicas son puestas en marcha en territorios específicos. La imagen que nos permite el concepto de *glocalización* es la de una red interconectada de puntos a diferentes niveles que logran afectarse mutuamente, pero bajo velocidades y ritmos diferenciados.<sup>8</sup> Podemos apreciar cómo las políticas globales son implementadas y puestas en práctica a partir de la evaluación de las configuraciones de las fuerzas sociales y de los actores locales.

La crítica que necesitamos construir respecto a la influencia de lo externo sobre lo interno, o de lo mundial sobre lo local, debe empezar por afirmar la imposibilidad del cerramiento total de los estamentos estancos sobre los que parecería haber descansado la realidad moderna y las anteriores formas sociales: identidades, naciones o Estados. Descubrimos de esta manera la debilidad explicativa de una

---

<sup>8</sup> Esta imagen concuerda perfectamente con la concepción deleuziana de lo rizomático en cuanto estructuración descentrada y con múltiples niveles que se relacionan no jerárquicamente, contrapuesta a los modelos de explicación arbóreos. Así, los principios de conexión y heterogeneidad: “cualquier punto del rizoma puede ser conectado con otro”, el de multiplicidad: “Una multiplicidad no tiene ni sujeto ni objeto, sino únicamente determinaciones, tamaños, dimensiones que no pueden aumentar sin que ella cambie de naturaleza”, y el principio de ruptura signifiante: “un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según esta o aquella de sus líneas”, nos muestran que las dinámicas de la globalización se dan bajo esquemas multimodales y reticulares, que han adquirido una mayor flexibilidad y adaptación en terrenos concretos (*véase* Deleuze y Guattari, 1990, pp. 7-18).

ontología de lo propio y de lo doméstico en oposición a lo abierto y a lo extraño. Lo global y lo local no hacen parte de una relación de polarización, puesto que la globalización “ha implicado la reconstrucción, y en cierto sentido la producción del ‘hogar’, la ‘comunidad’ y la ‘localidad’” (Robertson, 2000, p. 221). Las instituciones y las formas de sociabilidad son campos siempre devinientes y en transformación que adaptan lo recibido, lo nuevo, a sus necesidades, expectativas y resistencias al cambio. Si la cultura puede ser definida como la facultad para la humanización o transformación social del espacio y el tiempo en coordenadas perceptibles o compartibles para todos los que hacen parte de un colectivo, entonces los procesos de glocalización son un factor fundamental para la determinación y concreción de los espacio-tiempos diferenciados de cada sociedad. Así es como lo glocal es la persistente adecuación de estrategias de transformación de territorios y el intento por configurar una específica temporalidad: estructuras de ritmos para la organización colectiva de las acciones y de las interacciones. De igual manera, el concepto de lo local requiere ser desposeído del carácter natural que se le ha dado y comprenderlo a partir de la artefactualidad de los imperativos y estrategias políticas, económicas y culturales. Así como la imagen de lo global posee ese halo de artificiosidad y convencionalidad, lo local es igualmente una construcción constante, abierta y dinámica.

Si aceptamos la premisa ontológica anterior, la glocalización se irá definiendo por la no oposición entre lo universal y lo particular. Las particularidades de lo local son elementos constituyentes de lo que llamamos fenómenos universales. La universalidad está compuesta por las particularidades, luego de pasos lógicos de generalizaciones o síntesis de las formas particulares. De esta manera, podríamos definir la globalización/glocalización como la aceleración de la vinculación entre las localidades. Lo realmente nuevo está en el incremento de las vinculaciones y, por lo tanto, en la rapidez de las transformaciones y en las configuraciones sociales. Así, la percepción de la temporalidad, la experiencia del tiempo humano y la significación dada a esa sucesión de instantes, varía, dejando de estar vinculada a expectativas de largo plazo. Igualmente, este argumento se aplica al par homogeneidad-

heterogeneidad. A pesar de la uniformización del tiempo en sentido cronológico, esto es, a pesar de la estandarización de los usos horarios de los diversos países del mundo a finales del siglo XIX, lo cual implicó una vinculación de los “ámbitos locales sobre una base internacional o ecuménica” (Robertson, 2000, p. 231), los cambios y la entrada a la vida capitalista, a la occidentalización de las distintas sociedades, se fueron presentando diferenciadamente y con sus particularismos. Tenemos fuerzas homogeneizadoras que son asumidas territorialmente desde ángulos diversos y transmutadas desde las necesidades y los imperativos locales. Aunque la mayoría de países haya asumido un modelo de producción y acumulación de la riqueza capitalista, los elementos y los resultados con los que se ha enfrentado el modelo han sido diferentes en cada territorio. Lo anterior sirve así mismo como una crítica contra el argumento de la “americanización” del mundo. A pesar de la circulación de los flujos de capitales norteamericanos y de la lógica depredadora imperante, los grupos y las oligarquías locales absorben los elementos que vienen desde el supuesto centro, interpretando o traduciendo los dictámenes generales. Al mismo tiempo, el proceso de homogeneización estará siempre minado por fuerzas heterogeneizadoras y por resistencias endógenas que reconfiguran el caleidoscopio político y económico del mundo.

Esta cuarta dimensión analítica de la *política de inseguridad* permite avizorar el comienzo del giro hacia una *política de la resistencia* como forma de hacer frente a los imperativos de desestabilización y crisis continua que parecen estar a la orden del día en las diferentes territorialidades locales. La idea de “dominio del mercado mundial”, o globalismo en palabras de Beck (1998b, p. 27), se enfrenta a nuevas potencialidades y fuerzas heterogeneizadoras que ponen en práctica acciones colectivas con sentido propio, más allá y más acá de los marcos estatales. La generación de certezas y de ciertos rangos de seguridades colectivas, mediante la puesta en marcha de organizaciones sociales de base, nos posibilitará hacer una aproximación política a esa otra cara de la glocalización.

## 6. Movimientos sociales y la política de resistencia civil<sup>9</sup>

La interpretación desarrollada sobre la territorialidad y la localización heterogénea de las fuerzas globales en ámbitos particulares nos permite a la vez tener una percepción analítica más espesa y precisa sobre las actuales dinámicas mundiales en sentido descriptivo, así como un enfoque de lectura crítico sobre las posibilidades o respuestas ante la configuración glocalizada de las hegemonías y los controles culturales que se ciernen sobre los sujetos concretos. Esa dominación avasalladora que se tematiza en autores como Castoriadis o Negri, deja de ser universal y necesaria cuando miramos a partir de niveles locales y regionales. Sería errado pensar que el fenómeno de la hegemonía productora de heteronomía, en cuanto control total de las conductas y acatamiento irrestricto de los mandatos consumista del mercado global, tiene dimensiones absolutas sobre todas las sociedades y las poblaciones. Aunque sea cierta la constante pérdida de sentido de las experiencias colectivas, a través de la “repetición de formas vacías”, el conformismo, la irresponsabilidad y la apatía, y se presente una despolitización de la vida social “entendida como repliegue de los ciudadanos a su esfera privada y su desinterés creciente en los asuntos públicos” (Tejerina, 2002), no es conveniente quedarnos en este lugar discursivo y mucho menos magnificarlo. Aunque todas estas sean líneas de estructuración de nuestro presente político y social y tengan una materialidad incontrovertible, es necesario reconstruir las historias de las luchas y de las resistencias de las sociedades donde vivimos, como una forma de completitud analítica. Por esto es que

<sup>9</sup> El concepto de resistencia civil puede ser entendido desde diferentes ángulos, tanto desde su dimensión jurídica, en cuanto derecho inalienable de los pueblos ante la opresión de sus gobernantes, como desde las prácticas que grupos e individuos realizan para construir alternativas a sistemas y estructuras históricas de poder que afectan la vida y la dignidad de las personas (véase Gargarella 2006). Como ha sido sistematizado por Cante, dentro de la resistencia civil caben múltiples y variadas formas de acción colectiva no violenta tales como piquetes, boicots, mítines, procesiones, desobediencia civil, huelgas, así como acciones de carácter más individual como el ejercicio de la objeción de conciencia en tanto apelación a un derecho subjetivo de carácter natural. (Cante). Así mismo, la resistencia civil tiene para algunas comunidades campesinas una significación particular y acotada, puesto que es entendida como un recurso estratégico para enfrentar actores armados y civiles, la cual moviliza a una gran parte de su población con el fin de llegar a instancias de diálogo y desbloquear situaciones que afectan a la comunidad. La resistencia civil es tomada acá como estrategia general de lucha de grupos para contrarrestar situaciones de vulnerabilidad, marginalidad y anomia social, la cual implica una serie de acciones que se desarrollarán a continuación.

la perspectiva localista es requerida como lugar de enunciación de las posibilidades para el cambio social, para llegar a entender el reajuste de las fuerzas políticas y comprender el mapa de las hegemonías, el bloque histórico vigente, así como sus posibles debilidades o posibilidades de transformación.

En tiempos donde las políticas de producción y reproducción social parecen estar sintetizadas bajo el imperativo de la inseguridad estructural o, lo que es lo mismo, bajo las “incertidumbres manufacturadas”,<sup>10</sup> las formas de resistencia a dichas políticas, al igual que la centralidad del Estado, se han transformado y se han desplazado de lugar. Las viejas formas de colectivización del conflicto capitalista industrial, demandantes de seguridad laboral y de respeto a las garantías contractuales, han diezmado su capacidad de protección, junto al progresivo desentendimiento de los Estados para ser garantes del conflicto obrero-patronal. Este debilitamiento de las resistencias populares y de los sectores subalternos daría la impresión de una victoria casi total de las lógicas sistémicas promovidas por las élites empresariales, militares y burocráticas. Sin embargo, si prolongamos el argumento de Robertson sobre la glocalización, las formas de resistencia tienen sus propios tiempos y sus dinámicas singulares. El repliegue sobre la subjetividad, la recurrencia hacia la vida privada y el deterioro de la participación en los espacios públicos han implicado que la política de la resistencia también tenga que ser jugada en estos nuevos territorios.

Si es verdad que la glocalización ha erosionado la institucionalidad tradicional moderna (Estado, familia y escuela), dejando de constituir “el” marco referencial de la autoridad y de legitimidad para las acciones individuales y colectivas, entonces tendremos que indagar sobre los nuevos referentes que posibiliten la reconstrucción de experiencias con sentido colectivo y puedan llegar a dirigir el proceso de socialización más allá del individualismo atomista. Las redes alternativas a las descritas como productoras de subjetividad anómica y despolitizada

---

<sup>10</sup> El concepto es acuñado por Beck (2000).

están dirigidas hacia el fortalecimiento de la resistencia comunitaria<sup>11</sup> a la exclusión de sectores de la población que generalmente han sido discriminados por el sistema de mercado. Los actuales movimientos sociales vienen a reemplazar, en cierto sentido, las formas obreras de movilización y reconocimiento, al tomar el discurso de corte universalista sobre la defensa de los derechos humanos en general, los derechos de las minorías y la defensa medioambiental como banderas. Como muy bien lo plantea Tejerina (2002), en estas formas de acción se está jugando la “construcción social de la identidad colectiva”, haciendo uso de la movilización y por medio de la participación en la apertura o intervención en espacios públicos. La conflictividad casi permanente de las poblaciones marginalizadas lleva, en algunos casos, a la respuesta de individuos hacia el reconocimiento grupal a partir de las necesidades negadas. Lo interesante de la dinámica política movimentista es que por medio de la formulación de demandas, los sujetos pueden llegar a dejar el cascarón de su subjetividad individualista para insertarse en procesos de inclusión en sus colectivos, reconstituyendo así los tejidos sociales rotos por el sistema de acumulación económica y por la violencia histórico-estructural. Lo cultural, en cuanto integración simbólica a una colectividad, está siendo el punto prioritario de las luchas en los espacios locales. Los movimientos sociales “responden a una racionalidad de formación de la identidad y no tanto al cálculo individual utilitarista” (Tejerina, 2002, p. 170). Los dos elementos primordiales implícitos que le dan un valor agregado a estas luchas sociales son pues la posibilidad de una formación colectiva de la identidad, lo cual implica el combate contra la falta de sentido al reinscribir al sujeto en una trama de significaciones y de valores, y la inclusión social, lo cual implica la reformulación de los

<sup>11</sup> Hay que aclarar que el concepto de comunidad está pensado como un referente identitario en sentido amplio, el cual sigue siendo funcional para designar ese “nosotros” constituyente de seguridad y confianza en espacios rurales, semi-rurales e incluso urbanos contemporáneos. El concepto de comunidad debe dejar de ser visto como un recurso de carácter premoderno, esencialista y cerrado a los cambios, para ser entendido como la necesaria instancia de reconocimiento colectivo que creamos con el fin de darnos un punto de referencia social. Sobra decir que ese “nosotros” o comunidad imaginada es deviniente, abierta a los cambios y al juego de significados asignados socialmente. Las comunidades pueden ser construidas de distintas maneras, a partir de dinámicas diferenciadas en donde caben las nuevas formas de elaboración de redes electrónicas, por ejemplo, o donde los lazos de conexión están definidos por la pertenencia a un territorio.

nexos sociales, de la recuperación del lugar vital y la restitución de la dimensión política.

Vale la pena resaltar que la naturaleza o el carácter de la identidad colectiva está definida por lo menos por tres aspectos que se desarrollan en las acciones colectivas de los nuevos movimientos sociales: a) el aspecto cognitivo, en el cual la definición de los medios, los fines y el estudio de los ámbitos representan una producción cultural que provee a otros movimientos de conocimientos estratégicos y políticos, b) las prácticas entre los actores llevan a la creación y al fortalecimiento de canales comunicativos necesarios para la canalización del conflicto social, y c) el aspecto emocional, en términos de Tejerina, el cual sería a la vez un aspecto ético, en el que las personas pueden llegar a sentirse parte de ese “nosotros” ausente, desbordando el aspecto racionalista del mero cálculo de costos-beneficios de la acción. Los nuevos movimientos sociales empiezan pues a construir desde la raíz misma que el sistema de mercado de control biopolítico intenta dominar: la subjetividad y ese centro coherente de sentido que es la identidad colectiva.

Todo lo anterior se puede ejemplificar a través de las distintas experiencias que movimientos cívicos, campesinos, ecológicos, indígenas y feministas de América Latina han venido realizando como una forma de lucha contra la marginalidad, la exclusión socio-política y la degradación ambiental. La recurrencia de algunos de estos colectivos a la resistencia pacífica ha consistido en la organización de las comunidades afectadas por contextos de violencia política para lograr acuerdos de paz con todos los actores violentos que determinan sus especialidades y sus medios de sobrevivencia. El imperativo ético del respeto a la vida, como principal demanda, seguido del derecho a la tierra, a poder trabajar, a poder tener los medios de subsistencia básicos, y a la no discriminación sexual y étnica representan el núcleo de las políticas de resistencia social. Sin embargo, a través del tiempo se han sumado poco a poco nuevas demandas, tales como la formación de micro-proyectos productivos para lograr un autoabastecimiento agrícola y una soberanía alimentaria para todas las comunidades implicadas, contrarrestando a su vez las consecuencias

negativas de los mega-proyectos económicos y haciendo frente al latifundismo; el fortalecimiento de redes alternativas de medios de comunicación como estrategia para afirmar los valores comunitarios y la concreción de espacios públicos críticos; la promoción de la participación ciudadana en la toma de decisiones públicas de los municipios, por medio de actividades tales como la realización de mesas de trabajo conjuntas para la deliberación del uso de los presupuestos municipales y las rentas locales, ha permitido acercar la política a la gente, mediante experiencias directas de control de lo público; la construcción de una cultura de la convivencia pacífica y mediadora para las próximas generaciones, a partir de la educación de jóvenes y niños desde talleres enfocados hacia la resolución de conflictos; y la promoción de prácticas de justicia comunitaria como instrumento de reconciliación social.<sup>12</sup>

De igual forma, los movimientos sociales y las asociaciones civiles llevan a cabo una importante dimensión política en sus acciones colectivas, y es la de hacer frente a la estructura histórica de dominación, exclusión social y marginación, definiendo, como lo vimos más arriba, tanto la generalización de los agravios como un “nosotros” y un “ellos”. La posición política del “ellos” está encarnada por todos los actores que han violado sistemáticamente los derechos de estas comunidades, desde las empresas transnacionales hasta los viejos latifundistas, y el “nosotros” se ha ido constituyendo, por ejemplo, a través de praxis solidarias entre pequeños propietarios, líderes sociales, jornaleros, desempleados y mujeres cabeza de hogar. La formación del nosotros, constituyente de identidad colectiva, es un rasgo esencial para describir la novedad de estos movimientos sociales, puesto que son generadores de conocimiento y de una cultura de paz y de civilidad, “de códigos culturales alternativos a los dominantes”. Dentro de los objetivos sociales se encuentra, de igual manera, la ampliación

---

<sup>12</sup> Los elementos de esta nueva cultura de paz social promovida por movimientos y organizaciones sociales de base han sido sintetizados a partir de las experiencias, en lo nacional, de las organizaciones de comunidades campesinas como la ACVC (Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra), la ATCC (Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare), la comunidad de paz de San José de Apartadó, la O.F.P. (Organización Femenina Popular) y, en lo internacional, el Movimiento Sin Tierra del Brasil o el mismo movimiento Zapatista.

de canales de comunicación entre las organizaciones civiles, los organismos estatales y los actores económicos. Se puede comprobar así el necesario entrecruzamiento de lo político con lo cultural en la idea de que la defensa de los derechos humanos legitima y logra incidir en proyectos y formas de vida específicas. La concepción liberal procedimental de la política democrática, referida a la instancia de la decisión por medio del voto para elegir mandatarios de manera periódica, se enriquece con este tipo de prácticas que están avalando el involucramiento de las personas en los asuntos públicos y en el control y la fiscalización de los recursos de las sociedades a nivel local.

Con las formas de lucha de los nuevos movimientos sociales se está llegando a la conformación de una política de la resistencia civil fundadora de certidumbres a través de la promoción del reconocimiento colectivo identitario y de la repolitización de los sujetos, la cual hace frente a esa política de inseguridad impulsada por las redes cada vez más veloces de la glocalización contemporánea. En últimas, la pelea se encuentra dada hoy por la posibilidad de ejercer libremente el derecho a determinar los estilos de vida, la identidad y el sentido de las experiencias colectivas, así como a ser parte de los asuntos colectivos.

### Referencias bibliográficas

- Arditi, B. (2004). Del globalismo a la globalización: la política de la resistencia, en: V. Barra y S. Sosa (Comps.), *Escenarios futuros sobre la globalización y el poder mundial* (5-22). México: UNAM.
- Arrighi, G., y Silver, B. (1999). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal.
- Battistini, O., y Bialakowsky, A. (2003). *Fragmentación del mundo del trabajo, identidad y acción colectiva*. Recuperado el 3 de julio de 2009 de <http://www.ceil-piette.gov.ar/areasinv/identidades/identidadproy/04-14246.html>
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2004). *La sociedad del riesgo global*. Barcelona: Siglo XXI.
- Beck, U. (2002a). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2002b). *Libertad o capitalismo*. Barcelona: Paidós.

- Beck, U. (2000). Retorno a la teoría de la “sociedad del riesgo”. *Boletín de la A.G.E.*, 30, 9-22.
- Beck, U. (1998a). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998b). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2007). *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*. Córdoba-Arg., Ferreira Editor.
- Cante, F. (s/f). Los métodos de la acción política no violenta. Recuperado el 6 de junio de 2009 de [http://www.urosario.edu.co/investigacion/tomo2/fasciculo1/documentos/metodos\\_de\\_accion.pdf](http://www.urosario.edu.co/investigacion/tomo2/fasciculo1/documentos/metodos_de_accion.pdf)
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- Castoriadis, C. (2001). Koinonía: La racionalidad del capitalismo En *Figuras de lo pensable* (pp.65-92). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2001). Polis: ¿Qué democracia? En *Figuras de lo pensable* (pp.145-180). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dahrendorf, R. (2005). *En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1990). *Mil mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Madrid: Pre-Textos.
- Elías, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Elías, N. (1986). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002a). *Defender la Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000b). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1998). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Gargarella, R. (2006). El derecho de resistencia en situaciones de carencia extrema. En F. Cante y L. Ortiz, (Comps.), *Umbrales de reconciliación, perspectivas de acción política no violenta* (pp. 209-233). Bogotá: CEPI-Universidad del Rosario.
- Gruppi, L. (1978). El concepto de hegemonía en Gramsci. México: Ediciones de Cultura Popular. Recuperado el 3 de junio de 2009 de [http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi\\_heg\\_en\\_gramsci.htm](http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi_heg_en_gramsci.htm)
- Hobsbawm, E. (2007). *La era del capital. 1848-1875*. Buenos Aires: Crítica.

- Kuri G., A. (2007). Globalización, Estado y nueva geografía productiva. Recuperado el 14 de julio de 2009 de <http://www.sicbasa.com/tuto/AMECIDER2006/PARTE%203/205%20Armando%20Kuri%20Gaytan.pdf>.
- Lustig, N. (2007). América Latina: la desigualdad y su disfuncionalidad. En J. L. Machinea y N. Serra (Eds.), *Visiones del desarrollo en América Latina* (pp. 231-245). Santiago de Chile: CEPAL-CIDOB.
- Rojas Aravena, F. (2008). Globalización y violencia en América Latina. Debilidad estatal, inequidad y crimen organizado inhiben el desarrollo humano. *Pensamiento Iberoamericano*, 2, 3-36.
- Robertson, R. (2000). Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad. *Zona Abierta*, 92/93, 2, 213-41.
- Sassen, S. (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Tejerina, B. (2002). Movimientos sociales y producción de identidades colectivas en el contexto de la globalización. En J. M. Robles (Comp.), *El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones* (pp. 147-209). Madrid: Mínimo Tránsito-Machado Libros.
- Vallespín, F. (2000). *El futuro de la política*. Madrid: Taurus.
- Wright Mills, C. (1969). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.